

MIRAR Y VER

En algunos lugares de Centroamérica los verbos ‘mirar’ y ‘ver’ se usan de manera diferente a como se emplean en el español de España.

Se dice: *No se mira nada*, por ejemplo, cuando está oscuro y no se ve. También se dice: *¡Qué bien se mira con ese traje!*, cuando significa: ¡Qué bien le sienta o qué buena apariencia!

Parece que en nuestra transmisión de la idea de ver y de mirar ha habido un empleo incierto que ha provocado esa confusión. Puede también que se trate de eso que los lingüistas llaman el desgaste de las palabras. Mirar tiene en casi todas sus formas más entidad fónica que ver.

Sin embargo, mirar sin ver o ver sin mirar son fenómenos que se producen con cierta frecuencia.

Si recorremos un mismo camino, por ejemplo la ruta que nos lleva a nuestro trabajo diario, muchas veces nos es difícil reconstruir por dónde hemos pasado exactamente, con quien nos hemos cruzado en el camino o si había algún cambio en la ruta. También es frecuente que cuando se hace una modificación en el trazado de una carretera, rápidamente nos acostumbremos a la nueva imagen del camino y se haga difícil recordar cómo era antes de que pusieran un desvío, una rotonda o un puente.

Nuestra memoria visual y lo que ello comporta es tan selectiva como el resto de nuestra memoria. Recordamos sólo algunas de las cosas, bien desagradables o mejor agradables, que nos han sucedido o que hemos contemplado. Ello supone que los cambios, sobre todo a mejor, nos parezcan habituales y que aquello ‘siempre ha sido así’.

De la infancia y la adolescencia, los que ya tenemos una cierta edad, pero todos en alguna medida, recordamos las cosas felices, en especial aquellas de las que nos arrogamos, con razón o no, el protagonismo. Por ejemplo, recordamos nuestras rebeldías como una afirmación de nuestra personalidad. Muchas de ellas, contempladas desde la distancia del presente, son en realidad banales, pero nos sentimos orgullosos de ellas.

Sin embargo, hemos borrado las cosas desagradables o las que desdican de nuestro estatuto actual, si este es bueno. Si nacimos en un barrio pobre, en el medio rural o en las sombrías ciudades de la post-guerra, si luego nos fuimos a vivir a un barrio modesto o llegamos a la gran ciudad, sólo confesamos que somos de pueblo, si tenemos una casa de veraneo allá. Si no es así, con mucha frecuencia, parece que hemos vivido siempre en nuestro moderno dúplex o en nuestro adosado o quizá en un simple piso, pero con espacios verdes y con piscina.

No recordamos, más que si nos fuerzan, lo frías que estaban nuestras camas de la infancia y que sólo se caldeaban porque las compartíamos con hermanos y hermanas o con una abuela. Cómo nos refugiábamos en el brasero, muchas veces a la luz de una vela, porque fallaba la electricidad, para hacer las tareas del colegio. Lo monótono de nuestras comidas, muchas veces reducidas a una legumbre a la que se le añadía esto o aquello, si había suerte. Cómo no teníamos más que un par de zapatos para el invierno y otro para el verano, ello en épocas de bonanza.

La mayoría de las casas de nuestra infancia no tenía calefacción ni cosa parecida, tampoco agua caliente, más que calentando un puchero. Los sabañones eran algo conocido y común y no salir de casa entre las doce del mediodía y las seis de la tarde en verano, huyendo del fuego estival, era lo establecido. Defenderse del frío y del calor consistía en apilarse ropa o en cerrar ventanas, persianas y contra-ventanas a cal y canto, esperando el frescor de la puesta de sol.

¿Quién se iba de vacaciones al mar o a la montaña? ¿Quién tenía un automóvil propio? ¿Quién no se ha subido a aquellas ‘camionetas’ rebosantes de gente que pasaban una vez al día y recogían a pasajeros, bultos y animales, tratándolos a todos por igual? ¿Quién no ha agradecido, después de caminar largo trecho, que alguien en un carro o en otro tipo de carruaje lo recogiera y le evitara un par de kilómetros de caminata o más?

¿No andaban por las cunetas de las carreteras, llenas de baches, sin pintar y sin arcén, gallinas, cerdos u otros animales? ¿Cuándo llovía, los caminos no se convertían, incluso los asfaltados, en un barrizal imposible?

¿Con cuánta frecuencia no teníamos parásitos o las casas, incluso en la ciudad, no se llenaban de cucarachas, hormigas, moscas y mosquitos, y aún cosas peores? Los ratones, las ratas, las polillas o las carcomas se enseñoreaban de los muebles y de la ropa y se los combatía con poca convicción, porque, cada temporada, como una profecía que se cumple, volvían a aparecer.

Todo eso que mirábamos y veíamos, todo eso que formaba parte de nuestro entorno cotidiano parece haberse perdido, como si jamás hubiera existido. Es, en nuestra memoria, como esas tristes curvas, eliminadas por un nuevo trazado, que desembocan en un puente estrecho también ruinoso y donde, alguna vez, alguien perdió la vida. De ese hecho luctuoso sólo queda una cruz desvencijada a cuya vera ya nadie pasa.

Eso mismo nos ocurre cuando miramos otros espacios cercanos o lejanos, pero que no están a ‘nuestro nivel’. Me refiero a los países pobres, en vías de desarrollo o como queramos llamarlos. Entonces, nos sorprendemos de encontrar en ellos imágenes que nos retrotraen a nuestra infancia y adolescencia y nuestro reproche es casi inmediato: ¿Por qué esta gente no hace algo con sus carreteras, con sus automóviles, con su ropa, con sus casas? ¡Qué descuido! ¿Cómo pueden vivir sin luz y sin agua corriente?

Me parece que no queremos mirarlos ni verlos, porque no se ‘miran bien’, no tienen buena apariencia y, además, nos devuelven una imagen que, sumidos en nuestro bienestar, queremos olvidar, porque nos recuerda lo que fuimos y, en el fondo, aún somos.

La fragilidad de nuestro progreso, la futilidad de nuestras comodidades, lo apegados que estamos a cosas totalmente prescindibles, la valoración que hacemos de lo ostentoso, eso se pone en pie cuando miramos y vemos cómo otras personas viven y, a pesar de lo que pensemos, siguen siendo personas.

Pueden ir descalzos, pueden no tener calefacción o convivir con la suciedad y la miseria o la falta de comodidades, pero son igual que nosotros.

Nosotros también éramos así, no hace mucho, pero, claro, lo que somos y tenemos lo hemos conseguido gracias a nuestro esfuerzo; *ergo* estos son unos vagos y unos ignorantes que no son capaces, además, de aprender nada.

Como, en el fondo, no somos malos y tenemos ciertos restos de solidaridad, entonces vamos allá, a ese mundo carente de nuestros privilegios, a enseñarles a todos cómo han de hacer las cosas. Queremos que salten de la Edad Media a la ‘civilización contemporánea’ en un salto limpio y directo que ni siquiera nosotros hemos dado. Salir de los sabañones, de los piojos o de la falta de agua corriente ha costado más de cuarenta o cincuenta años y se ha podido porque hubo unas circunstancias favorables para que ello sucediera, además de nuestro personal e individual esfuerzo, por supuesto.

Nos llama la atención que esas gentes de países deprimidos, no obstante la falta de agua, de luz y de higiene o alimentación, manejen con la misma soltura que nosotros el Internet o los teléfonos móviles o que planten sus antenas parabólicas en los tejados

de viviendas precarias. ¿Cómo es posible que hagan eso y no se pongan zapatos o guarden su ropa en un armario?

¿Es tan difícil darse cuenta de que a pesar de que a ellos no les llegue la luz o el saneamiento, sí hay quien se empeña en venderles un teléfono móvil, que es el signo externo más visible del desarrollo y el estar al día?

Igual que nosotros olvidamos de dónde vinimos, ellos quieren olvidar y no ver o mirar lo que es su presente; allí donde están.

En realidad, no queremos sacarlos de allí, ni que salgan. Lo que queremos es que no nos recuerden qué somos, porque si nos lo recuerdan, empezaremos a tener con ellos una deuda como la que deberíamos tener hacia la memoria de quien perdió la vida en una curva hoy ya inexistente.